igual é insegura; se conocia que aquella carta era una obra maestra de paciencia y esmero.

— ¿ Quién me escribirá?—murmuró el joven, teniendo aún entre sus manos la carta, y como preguntándose á si mismo.

—Abrela, y veremos (dijo el maestro, en tanto que los dependientes volvian cada uno á sus tareas). Vamos (añadió); yo también deseo saber de quién es esa carta, y no me voy de aquí hasta que me haya enterado de ello.

Conviene advertir que el maestro llevaba su celo y su interéspor el niño hasta el extremo de no dejarle palabra ni acción propia.

Eduardo rompió la oblea de la carta, y la sacó del sobre, percibiéndose al instante un fresco perfume.

Luego abrió sus dobleces, y cayeron, sobre la mesa en que dibujaba, algunas flores de jazmin, blancas y aromadas, como si acabaran de cogerlas de la planta.

— ¡Hola, hola! ¡Un billetito fino y con flores dentro! (dijo sonriendo el platero.) Muchacho, ¿te dejaste novia por allá?

Eduardo no respondió nada; á las flores del jazmín, iba unido para él un triste recuerdo.

La última vez que había visto aquellas flores, fué el día en que su buena madre regaló una planta á la terrible Gervasia, y al día siguiente le habían expulsado de su casa, teniendo que separarse, por culpa de aquella mujer, de su familia, á la que amaba tanto y de quien era tan amado.

Entre tanto que pensaba así, leia la carta, y sus ojos volvían à llenarse de lágrimas; era muy corta, y la concluyó al instante.

Luego que hubo terminado su lectura, la alargó á su maestro.

—Perdone V. (le dijo) el que la haya leido; debía V. haberla visto antes; ; pero tenía tal curiosidad de ver quién se acordaba de mí!

—Bien, bien; nada importa eso,—repuso el platero, tomando la carta, en tanto que el joven recogia y besaba las flores del jazmín.

El joyero leyó á media voz lo que sigue:

«Mi queridisimo Eduardo: ¡Si supieras qué deseo tenía de saber escribir para dirigirte siquiera dos renglones!

» Al dia siguiente de marcharte à Madrid, pedi à mi tio que me buscase maestro para aprender pronto; pero mi madre se opuso à ello, diciéndome que era todavía muy pequeña. ¡Muy pequeña! ¿Qué importa la pequeñez del cuerpo, si la voluntad es grande? Ello es que no me dejó aprender todavía, ni ha querido hasta hace tres meses: hoy cumplo nueve años, y te escribo para decirte que no te olvido, ni te olvidaré nunca.

»Lorenzo cada dia más grosero y de peor genio: ya tiene catorce años, y me hace padecer mucho; pero, como decia tu buena madre, hay que sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos, y más cuando este prójimo es una cosa tan allegada y tan propia como un hermano.

» Como no tengo nada que enviarte para memoria mía, he cortado unas florecitas del hermoso jazmín que tu madre regaló á la mía, y te las envío, para que veas que yo le cuido bien; porque soy yo la que le cuida, yo sola; mí pobre madre, yo no sé por qué, no hacía caso de él: tal vez será porque está triste á causa de los muchos disgustos que le da Lorenzo.

» Adiós, Eduardo, mi querido amigo: como en mi casa no me dejarían escribirte, llevaré esta carta á tu abuelo para que te la envíe dentro de una suva.

» Te quiere como hace tres años, y no te ha olvidado un solo día tu mejor amiga.

## »JULIETA.

- » $P.\ D.$ —No dejes de contestarme dentro de las cartas de tu abuelo, y dime si es Madrid tan hermoso como dicen por acá. ¡Qué contenta estoy de saber escribir! Adiós.»
- —Ved ahí una muchacha que será la esposa de Eduardo algún día,—dijo el dependiente mayor, después de concluida la lectura de la carta, de la que no había perdido una palabra.

—¡Bah, bah! ¡Pues no lo echas poco largo! (exclamaron riéndose los demás.) Tiene él doce años y ella nueve, ¿y ya piensas en casarlos?

—¿Qué importa eso? ¿No es extraño también que una niña de esa edad conserve en el alma tres años seguidos una memoria tan tierna y constante?

Los demás oficiales empezaron à combatir esta opinión, engolfándose en consideraciones filosóficas sobre la constancia del amor ó su escasa duración.

Entre tanto dijo el platero á su dibujante, devolviéndole la carta:

- -Debe ser una encantadora criatura esta Julieta.
- -¡Oh! ¡y tanto como lo es! (exclamó Eduardo con entusiasmo.) Es tan bonita como buena.
  - Y tú te acuerdas de ella?
  - -Mucho, señor.
  - -¿ Pues cómo no le has escrito?
- -Temia que no le diesen mis cartas (respondió el muchacho, ruborizándose): su madre me aborrece en extremo; ella fué la que me arrojó de su casa, hablando mal de mi, para que no me recibiese ninguno de los plateros de la ciudad!

Eduardo dijo estas palabras con un dolor profundo y reconcentrado, que expresaba bien cuánto había sufrido su corazón al dejar su tierra natal.

- -¿Te pesa acaso de haber venido á mi lado?-le preguntó el platero con acento cariñoso.
- -: Oh! No, señor (respondió el joven cambiando la expresión rencorosa de su semblante por otra de efusión verdadera): no, señor, no me pesa; antes bien, doy por ello mil gracias á Dios.

Había en aquel niño tal expresión de sensibilidad, de elevada inteligencia, y de gracia tierna y exquisita, que admiraba á cuantos le oian; el platero le miró absorto durante algunos instantes, y después, estrechándole afectuosamente la mano, le dijo:

- -Gracias por tu afecto, hijo mío; vo también te amo mucho, v sólo deseo permanezcas á mi lado el mayor tiempo posible, y que seas dichoso en él. Vamos; ahora, lo que te pido es que concluyas ese dibuio.
- -Al momento, maestro, -dijo Eduardo, tomando el lapicero, después de poner dentro de la carta de Julieta las flores de jazmin y de guardar la carta en su pecho.
  - ¿Para cuándo estará?
  - -Dentro de dos horas se lo entregaré à V. terminado.
  - -¿Del todo?
  - -Del todo.
- -Bueno: es justamente el tiempo necesario para que llegue el piano.

- : Tan pronto estará aquí !- exclamó el joven, en cuvos ojos brilló la más viva alegría.
- -Yo creo que llegará de un momento á otro, y ahora enviaré à un criado para que le digan la hora en que suele venir el tren, con encargo de no separarse de alli hasta que le haya visto entrar en la estación.
  - -: Ah! ¡qué bueno es V.! ¡ qué bueno é indulgente para mi!
- -Porque tú eres también bueno y aplicado.... Más que mi dependiente, eres mi hijo, y como á tal te quiero; nunca me has dado un disgusto, y eso que al principio te repugnaba el oficio, ¿no es verdad?
- -¿Á qué negarlo? Sí, señor; tenía aversión v horror á todo trabajo mecánico; pero V. fué tan bueno, que me hizo aprender el dibujo para darme una ocupación más conforme con mi afición.
- -Y con mi necesidad. No tenía dibujante como me hacia falta. Y ahora que lo pienso, vamos á hacer una cosa, hijo mío.
  - -Veamos.
- -Tu piano habrá que colocarle aqui, porque en casa de Antonio ocuparia toda su pequeña sala: tú querrás tocar en él; de consiguiente, lo mejor será que desde hoy te quedes aquí, y vivas con nosotros.
- ¡ Qué dice V.!-exclamó Eduardo, admirado de la generosidad de su maestro.
- -Digo, que mi mujer y yo somos viejos: nuestras hijas están casadas; nos harás compañía, y ahorrarás así los seis reales que damos à Antonio por tu alojamiento.
- -¡Pero ser á V. gravoso!-murmuró el joven con los ojos llenos de lágrimas.
- -Vamos, no hablemos de eso: ¡ gravoso! ¿ Cuándo podré yo pagarte lo que te debo, y más si te encargas de la escribanía del Duque de....
- -Aseguro á V. que me encargo de ella, y que hoy mismo pondré manos á la obra.
- -Convenido, pues: desde esta noche dormirás aquí; te se arreglará el cuartito del piso segundo; allí se colocará el piano, una cópero lo bastante para que estés alojado con decencia y comodidad. DE RUEVO REVESTARION O NUMERSIDAD DE NUMERSIDAD DE NUMERSIDAD DE NUMERSIDAD REVESTARION DE NUMERSIDAD REVEST

BIEL OTECA UNIVERSITARIA INTERSONS REVES! —¡Ah, maestro mio, cuántas bondades!—exclamo Eduardo, tomando una mano del joyero y queriendo besarla.

Pero éste la retiró suavemente, y prosiguió:

- -Veamos: ¿tú necesitarás á alguien que te ayude en esa grande obra, no es verdad?
  - -Sí, señor,-respondió el dibujante pensativo.
  - -¿Y quién te parece à propósito?
  - -¿De los dependientes de la casa?
  - -Si-
  - -Ninguno, señor.
  - -¡Cómo! ¿Ninguno?
- —Ninguno: todos saben ó creen saber el arte de plateria y joyería más que yo, lo cual tal vez será cierto; pero como el que me ayudase querría sujetar á la suya mi voluntad, no puedo admitirlo de ningún modo.
- —Pues ¿cómo haremos? Porque yo no quiero que dejes de ser el dibujante de la casa.
  - -Yo tampoco quisiera dejar mi cargo.
  - -¿Y podrás acudir á las dos cosas?
- —Si hallase V. un muchacho que me ayudase, casi podría asegurar á V. que si.
  - -¿Un muchacho?
- —Un muchacho que supiese algo del arte, pero menos que yo, para que se prestase á obedecerme: un muchacho, no de mi edad, porque tendría poco juicio (añadió el joven artista con una sonrisa melancólica), pero sí de poca más edad que yo, para que no tuviese el carácter imperioso y dominante de un hombre.

El silencio siguió à estas palabras: el joyero parecia sumergido en profundas cavilaciones; pero de repente se dió una palmada en la frente, como hombre que ve un rayo de luz cuando menos lo esperaba, cuando estaba más sumergido en las tinieblas.

—¡Ah! (exclamó): ya tenemos lo que necesitamos: ese chico cuya venida me tiene tan disgustado, y al que me veo obligado a admitir por recomendación del Obispo de G....; Justamente del mismo para quien es la escribanía!.... Sí; ese mejor que nadie podra servir para ayudarte.

-¿Qué edad tiene?

- -Catorce años.
- XY sabe algo del oficio?
- —Dicen que está bastante adelantado en él. Pero, ¡adiós, adiós! Tengo mucho que hacer.... Hijo mío, acaba lo antes que puedas el dibujo, para que vayas después á presidir el arreglo de tu cuarto, y la colocación del piano que va á llegar.

VII.

El afecto que el Sr. S...., platero y diamantista de S. M., manifestaba al joven artista no era del todo desinteresado.

El genio colosal de aquella criatura extraordinaria había sido admirado por él, y después explotado también por él con una sagacidad maravillosa.

Habia sacado partido de su talento como dibujante, hasta un punto increible, y para tenerle contento le había buscado un maestro de música, que le había enseñado á tocar el violín y el piano en muy corto espacio de tiempo.

Porque aquella maravillosa organización de artista necesitaba de muy poco para fructificar y dar de sí hasta lo prodigioso. Su pasión era la música, y, lejos de ser el estudio enojoso para él, había ocupado todos sus escasos ratos de ocio de la manera más agradable.

El mismo día de la llegada de Eduardo, acompañado del señor cura D...., el platero había preguntado á sus dependientes si nodrian dar cabida en su casa al aprendiz, -entonces era este el nombre que se daba á Eduardo, -por una regular retribución que satisfaria su familia.

Tres de ellos eran solteros, y alegaron su imposibilidad; pero otro, llamado Antonio, joven de veintiseis años, que acababa de casarse, se ofreció á llevárselo consigo.

En efecto: aquella noche fué el aprendiz, y éste dijo á su mujer que podrían tener alguna utilidad con poner á aquel chico una cama en cualquier rincón, y con darle de comer medianamente.

La recién casada tenia el genio un poco áspero, y además se había acostumbrado á la idea de vivir sola con su marido, y de gobernar su casa como le pareciese v sin testigos de vista; así es que recibió muy mal al joven huésped.

El pobre niño de nueve años, tuvo ganas de llorar más de una vez al ver la mala cara de la muier de Antonio, la cual le puso un iergón cubierto con unas sábanas gruesas y una vieja manta de lana. toda llena de agujeros, en el rincón de un pasillo; y como era un invierno bastante crudo, y el jergón bastante delgado y colocado en el suelo, el pobre niño pasó un frio cruel.

El alimento no era mejor que la cama; por la mañana, antes de ir al taller, le dahan unas sonas muy malas, y con muy poco aceite; al mediodía le llevaban una escasa ración de potaje, sin ninguna grasa, y por la noche le daban otra sopa, hermana de la de la mañana, ó quizá sobrante de aquella.

La pobre criatura sufria mucho: pensaba en su camita blanca, caliente y mullida por la cariñosa mano de su madre; pensaba en la sabrosa y bien condimentada olla de casa de su abuelo. ¡ Qué diferencia de aquel sano y nutritivo alimento à lo que ahora le daban! Pero, ¿ qué remedio?, su madre le envió al martirio, y cuando su madre lo disponia asi, fuerza era que el martirio le conviniese.

¿No le amaba su madre con toda su alma?

¿ No le había dado mil pruebas de su ciega idolatría?

Era quiza una flaqueza de su alma débil y honrada el empeño de que aprendiese el oficio de joyero porque había sido el de su padre; ¿pero no le había dicho muchas veces que es un deber de religión y de caridad el sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos? ¿Y de quién mejor que de una madre se pueden sufrir las flaquezas, caso de que las tenga?

Estas reflexiones hacían que el pobre niño sufriese sin quejarse el mal trato que le daban. En cuanto al maestro, aunque veía la mala comida que le llevaban, y podía inferir por ella lo que serían el almuerzo, la cena y el lecho, como el muchacho, en realidad, servia aun para poco, aunque prometiese servir para mucho, no se inquietaba en lo más minimo porque él sufriese ó lo pasase bien.

¡Pobre niño, separado de su madre y de su abuelo! ¡Cuánto sufriéo 🕬 lejos de ellos! ¡Cuántas lágrimas derramó en el silencio de la podie! Strikla universidad Privata de la podie! Strikla universidad Privata de la podie! Strikla universidad Privata de la podie! Strikla

SIBLIVILLY JIM JA REVEST

Durante muchos días , apenas tocaba á su miserable comida ; apenas el sueño llegaba á visitar sus párpados cansados y enrojecidos por el llanto y por el insomnio.

Y, sin embargo, la excelencia de su corazón era tal, que jamás acusó á su madre, á pesar de lo que sufria.

Sólo una luz brillaba en la tenebrosa noche de sus dolores; el recuerdo de Julieta: aquella imagen hermosa y pura se le aparecia en sueños con todo el encanto de la ternura y del cariño que le había profesado.

Un mes pasó así, sin alegría, sin sosiego para el pobre Eduardo; su estómago, acostumbrado á muchos cuidados, se debilitó de un modo sensible, y no podía digerir lo que la adusta esposa de Antonio le daba por alimento: encendióse en sus venas una fiebre enta, producto de su debilidad nerviosa, y su semblante, poco antes tan fresco y tan sonrosado, se demacró de una manera que daba pena.

Al cumplir el mes de su estancia en casa de Antonio, se recibió una letra de trescientos reales del abuelo Crisóstomo, que el platero entregó á su dependiente, como pago de los alimentos y hospedaje del pobre niño.

La desgraciada criatura no había gastado ni la tercera parte. Antonio y su mujer, al ver aquella hermosa cantidad que cobraron en plata, sintieron remordimientos por lo mal que lo habían ganado: temían además otra cosa, y era que el muchacho escribiese lo que estaba sucediendo, y que les retirasen aquella pequeña renta, tan buena y tan agradable de cobrar y de gastar.

Eduardo probó la ventaja de estos temores: se le dió un alimento algo mejor; la sopa de la mañana se convirtió en chocolate; el potaje en un cocido pobre pero limpio; la sopa de la noche en una taza de leche ó en dos huevos frescos. Aquel pobre y débil estómago fué recobrando alguna fuerza; pero en el semblante quedó siempre estampada la tristeza y el desaliento que le había impreso aquel mes de martirio moral y material.

Eduardo hizo en poco tiempo rápidos progresos en el dibujo y en la música; su genio empezaba á brotar por todas partes: chispeaba en sus ojos, en su sonrisa, en el eco de su voz; era un talento colosal, encerrado en un cuerpo frágil y delicado.

-Necesitaría hoy un dibujo muy difícil,—dijo un dia el maestro en la tienda con verdaderas señales de preocupación.

-¿ Quiere V. que vaya á encargarsele al tio Esteban? (dijo Antonio): póngame V., según costumbre, una notita de lo que quiere.

—No habrá otro remedio (dijo el maestro, que era bastante avaro del tiempo): y eso que lo siento, porque queria que concluyera V. de montar esos pendientes.

-Me daré luego prisa, maestro; pero en tanto voy, Eduardo puede ocupar mi sitio y seguir con mi obra.

 $-_{\delta}$ Cómo ha de saber este muchacho hacer eso?—preguntó el platero de mal humor.

-Ciertamente, sabe va : que pruebe, v V. lo verá.

El niño se sentó, v se puso á la obra.

Antonio se detuvo bastante: cuando volvió, estaba terminado su trabajo, para el cual hubiera él gastado todo el día: el maestro tenía extendidos en la palma de la mano unos pendientes de diamantes, y los miraba con profunda satisfacción.

—El tío Esteban está muy malo (dijo Antonio). Anoche, á consecuencia de una borrachera, se cayó por la escalera, y se hizo una gran herida en la cabeza: el médico no responde de su vida.

Diciendo esto, dejó Antonio la nota que había llevado sobre la mesa en que trabajaba Eduardo, que había tomado una hebilla de oro, y estaba montando en ella una esmeralda.

—; Santo Dios, qué desgracia! (exclamó el maestro.) ¿ Quién va á hacerme ahora ese dibujo?

—Lo que es con el tio Esteban no hay que contar, porque, si cura, tiene para dos meses,—dijo Antonio.

El maestro no respondió: se había dejado caer en una silla, y parecía anonadado.

Entre tanto el niño habia fijado sus ojos maquinalmente en la nota, que era muy breve, y la había leido; decia así:

«Un dibujo de copa antigua para oro y plata, con uvas y pámpanos, rodeando una mitra episcopal: mate y abrillantado, distribuído con la mayor delicadeza y tacto posibles, para el mejor efecto.»

-¿Es esto lo que V. desea, maestro?—dijo el joven, tomando el papel y acercándose al platero.

-¡Eh! ¿Quieres dejarme en paz?-respondió bruscamente, y mirándole con enojo.

-¿Pero es este el dibujo que V. desea tener?

-¡Sí, ese, ese es! ¿ Acabarás?

-Al instante: ese dibujo lo puedo yo hacer.

El platero abrió los ojos casi asustado.

-¡Tú!-exclamó.

-Yo, si, señor.

—¡Ja, ja, ja! ¡Pues no está el muchacho poco lleno de pretensiones!—exclamaron los dependientes riendo á carcajadas.

-¡Silencio!¡No tengo humor para bromas!-gritó el platero.

—Digo (repitió Eduardo, con una voz que resonó grave y serena en medio de la calma restablecida): digo, maestro, que yo puedo hacer ese dibujo; y que me tendré por dichoso pudiendo salvar à V. de un compromiso, si es que lo tiene.

—¡Oh!; y como que lo tengo, hijo mío! (exclamó el platero): justamente es para el señor Obispo de tu ciudad natal, que me ha hecho mil favores, y que, además, me ha ofrecido por ella cuarenta mil reales!

-Pues la copa se hará.

-Lo dices con una confianza, que te voy crevendo.

-Necesito papel fuerte y algunos lápices.

-Ve tú mismo á comprarlos.

El platero puso en la mano del niño una moneda de oro de cien reales, lo que probaba mejor que nada el interés que tenía por aquel dibujo, y Eduardo salió corriendo, con esa graciosa apresuración de la infancia.

Algunos minutos después estaba ya de vuelta: puso sobre la mesa un rollo de papel y una cajita con lápices, y alargó su pequeña mano al maestro, en la cual se veían cuatro duros.

El platero los tomó, y dijo, poniendolos sobre la misma mesa, donde estaban los útiles para el dibujo.

—Aquí están, hijo mío: si sale el modelo nada más que mediano y servible; son tuyos.

Eduardo pidió un velador, se lo hizo acercar á una ventana, lejos del sitio donde trabajaban los demás, y se puso á trabajar con ardor.

Interiormente dirigia una fervorosa oración à la Virgen de los Dolores para que le sacase con bien de aquel trance.

Rehusó tomar la comida cuando le dijeron que se la habían traído, temeroso de que se le huyera, al contacto de aquella necesidad material, el rayo luminoso con que la Virgen, fuente de toda luz y de toda poesía, alumbraba su mente: y después de diez horas de un trabajo asiduo y sin interrupción ninguna, la copa antigua se destacó en el fondo mate y blanco del papel, radiante de belleza artistica, gallarda y llena de poesía.

Nada faltaba à aquel admirable dibujo: el artista podia trabajar la alhaja, teniendo à la vista aquel maravilloso modelo, con la mayor facilidad; el mate y el abrillantado de los metales estaba indicado por medio de sombras delicadas y tan hábilmente repartidas, que aun siendo sólo de lápiz, la bella copa parecia brillar iluminada por una suave y purísima luz.

Era el resplandor que brotaba del alma del artista, bañada por los rayos de su fe religiosa.

Concluído el dibujo, el pobre niño se levantó con las mejillas pálidas y la frente bañada de sudor; pero sus ojos brillaban con los rayos del entusiasmo.

Su genio había roto del todo los lazos que le sujetaban, á causa del esfuerzo que acababa de hacer; paro aquel mismo esfuerzo le aseguraba esa vida que va más allá de la tumba, y que sobrevive á la misma muerte.

El maestro se lanzó con un afán indescriptible sobre el dibujo.

El temor de distraer ó amedrentar al pobre artista de diez años, le había contenido hasta entonces; pero, al ver terminado el dibujo, de un solo salto, á pesar de sus años y de su obesidad, se puso junto á la mesa.

— ¡Esto es admirable! ¡divino! ¡increíble! (exclamó, porque, en realidad, era un hombre de gran talento artístico y de gran inteligencia en su arte.) ¡Esta alhaja será una cosa nunca vista! ¡Yo, yo sólo he de trabajarla!

-Y yo, si V. me lo permite, maestro,-dijo el dibujante.

—¿Tú? ¿Te atreves tú?

-Si, señor ; lo más delicado lo haré yo , que tengo más paciencia y mejor vista que V.

- —¡Ah, hijo mio!¡Ya no temo fiarte nada! Debes estar bien seguro de ti mismo cuando te ofreces á ello; elige: ¿qué quieres hacer?
  - -Las vides, la mitra y las asas.
  - -¿Todo lo más difícil y pesado?
  - -Si, señor.
- —Está bien: nada puedo negarte ya de lo que se refiere al talento; pero ahora, oye mi recompensa: desde hoy comerás á mi mesa, y sólo irás á casa de Antonio á dormir; tendrás un duro todos los días, y serás el dibujante de casa: ¿te acomoda?
- -¡Oh, Dios mío!¡Que si me acomoda!¡Qué contenta se pondrá mi madre!
- —Pues está dicho: por lo pronto, toma esos cuatro duros, y otros cuatro.

El joyero puso en las manos del niño una moneda de oro de cuatro duros, y añadió:

-Hoy descansa: y mañana, así que amanezca, vente aquí, para que empecemos à trabajar.

VIII.

Difuso y molesto por demás seria para mis lectoras el que yo les explicase de qué modo se llevó á efecto la elaboración de la magnifica escribania del Duque de X.... Bastará que les diga que cerca de dos meses después, la soberbia alhaja estaba expuesta en la tienda, y que el público inteligente que se agolpaba á verla, preguntaba si se había encontrado bajo el suelo que un día sustentara á Pompeya ó á Herculano.

Aún era más preciosa la segunda obra de Eduardo, la copa episcopal.

Tan rico vaso, cuya memoria vive aún en la de todos aquellos que tuvieron la dicha de admirarle, bien merece una ligera descripción de su forma.

Era una copa, cuyo pie lo formaban algunas ramas y raíces silvestres, y entre las cuales brotaban algunas espigas tronchadas en parte; todo esto mezclado con ese desorden del genio tan lleno de belleza y poesía.

Una de aquellas plantas elevaba un tallo delgado, flexible y estoposo: y de allí arrancaba la copa, de gran anchura y cavidad, y cuyo fondo interior era completamente de oro liso y abrillantado.

En la parte anterior de la copa se enroscaba una vid con hojas y pampanos esmaltados de verde.

Las uvas y los pequeños racimos que acá y allá estaban sembrados, y que parecían maduros ya, los formaban gruesos rubíes engastados con admirable delicadeza: la vid subía enroscándose, hasta formar las asas del vaso, que erán de una riqueza y un trabajo, superior no sólo á todo cuanto hasta el día se había visto, sino también á todo elogio.

Cada asa estaba enriquecida de esmeraldas y rubies, y los pámpanos eran de oro mate, pero de un cincelado tan prolijo, de una finura tan asombrosa, que la vista no podía separarse de aquel trabajo.

Desde que se expuso la escribania, la fama del Sr. S.... creció de un modo fabuloso.

Se le buscaba para todas las grandes obras, y no hubo ninguna persona de la grandeza que no quisiera enriquecer su comedor con una vajilla de su casa.

No hay que decir que su fortuna se aumentó en algunos millones, pues para los artistas la fama es sinónimo de gran caudal.

El platero no sabía qué hacer con el dibujante; le vistió con la mayor elegancia; le autorizó para que enviase á su abuelo y á su madre dos regalos como él quisiera, sin contarle nada por los materiales, y le dispensó, en fin, todas las atenciones imaginables.

Pero en el alma de aquel niño había una profunda tristeza; nada de lo que había en derredor suyo le halagaba; sin cesar recordaba la casa materna, los paseos que daba con su abuelo los días festivos; esa vida del corazón, en fin, que nada ni nadie puede reemplazar: y en medio de todo esto, veía el blanco y sonrosado rostro de Julieta, sus ojos y sus cabellos negros y su boquita de coral, tan sonriente y tan graciosa.

Envió los regalos á su abuelo y á su madre, hechos por su mano; eran, según ya dije, una caja para tabaco, de plata, y unos lindos pendientes de perlas; pero aquellas dos sencillas memorias fueron estimadas como las alhajas más ricas y de más valor.

Poco después de este envío, fué cuando anunció el abuelo que remitía el piano y cuando recibió la carta de Julieta con los jazmines dentro, como un suave y fresco recuerdo de su dulce y tranquila niñez.

Volveré à tomar el hilo de mi historia desde donde la dejé, para referir los sucesos de los tres años que el joven artista había pasado fuera de su casa, y le encontraremos de nuevo inclinado sobre el dibujo. Jamás inteligencia juvenil ha mostrado más perseverante afán en concluir bien una obra artística, que la que empleaba aquel niño endeble y delicado para acabar su dibujo; hubiérase dicho que era para él cuestión de muerte ó vida, según era su aspecto de inmoble y de abstraído.

Reunía à su talento colosal una cualidad muy poco común en los grandes genios; la perseverancia: ordinariamente, á las grandes facultades de la inteligencia va unida una apatía invencible y muy escasa dosis de paciencia; pero en aquella criatura privilegiada, sucedía lo contrario, y las horas se deslizaban sin que él se apercibiera de ello.

Terminó su obra antes de lo que había pensado, según le sucedía siempre; y poco después de haber guardado el dibujo, llegó el aviso de que venía ya el regalo del abuelo.

Una conmoción inexplicable se pintó en las facciones de Eduardo al oir anunciar la llegada de su querido piano; huyó el color de sus mejillas, y se lanzó á la escalera para verle subir.

Era un gran fardo, liado con mucho cuidado, entre bayetas de lana y cuerdas de cáñamo; pero cuando lo depositaron en la habitación que debía ocupar, y empezaron á desenvolverlo, apareció lleno de brillantez y de hermosura.

Cuando le vió colocado; cuando pudo dejar errar sus dedos por aquel teclado, lleno de tan brillante blancura y de un negro tan lustroso, el pobre artista, que sólo había tenido hasta entonces un mísero y destemplado clavicordio (el mismo en que aprendiera su maestro siendo niño), el pobre artista se creyó transportado al séptimo cielo.

Sus sonatas, que en el misero instrumento le enajenaban, le parecían ecos celestiales, repetidos en el hermoso piano: una por una las repasó todas, sin cansarse en dos horas que pasó sentado delante del regalo del abuelo.

En tanto que él era tan feliz con aquellos armoniosos ecos, otra escena bien distinta tenía lugar en la antesala de la casa del senor S....

No bien hubo dejado éste colocado el piano, salió, porque le habían dicho que le buscaban, y se halló con el mismo conductor del piano, que desde la escalera había vuelto atras.